

Fuentes Codera, Maximiliano: *España y Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidades transnacionales*. Madrid, Marcial Pons, 2022. 317 pp.

Los estudios que en los últimos años viene publicando Maximiliano Fuentes Codera en relación con la incidencia de la I Guerra Mundial a diferentes escalas en nuestro país le han consolidado como una referencia inexcusable tanto en el panorama de la historiografía española como en el de la internacional. Con la obra que es objeto de esta recensión, que se trata de una más que necesaria traducción de la monografía publicada un año antes por la prestigiosa editorial Routledge, da una significativa vuelta de tuerca al someter el impacto de la Gran Guerra en España y Argentina al marco interpretativo de la tan en boga historia transnacional. Ya apuntaba en esta dirección una de las últimas reflexiones debidas al profesor de la Universitat de Girona y aparecidas en el número 43 de la revista *Historia y Política*, donde apelaba precisamente a la necesidad del recurso de la historia transnacional. Con ello se debería dejar de observar la neutralidad de cada país como peculiar. Así ocurrió con el caso español. La neutralidad española no fue por tanto una excepción y, como han venido demostrando monografías sobresalientes como las firmadas por Fernando García Sanz, Eduardo González Calleja y Paul Aubert o Carolina García Sanz, fue más bien una neutralidad activa por la implicación humanitaria de Alfonso XIII, la guerra de espías que se libró, así como el hundimiento de mercantes. También en Argentina vienen descollando contribuciones como las de Oliver Compagnon, Emiliano Gastón Sánchez o María Inés Tato que han confluído con las llevadas a cabo por historiadores de nuestro país como Carolina García Sanz.

La obra se estructura en cinco capítulos y se apoya en la consulta de archivos y hemerotecas de varios países. El estudio se adapta bien a la calurosa bienvenida de Jay Winter a la nueva generación de historiadores e historiadoras, la cuarta en concreto, que ha conseguido *deseuropeizar* las visiones que predominaron sobre el conflicto – de carácter eurocéntrico y nacional – y que están ya agotadas. Coincide este ascenso de lo global con una preocupación creciente por el papel de las potencias neutrales, considerado tradicionalmente en una posición periférica. Para el lector no conocedor de la situación anterior a 1914, Fuentes Codera presenta a continuación el sistema político imperante en ambos países – no muy diferente entre el decenio de 1880 y 1890 – y la emergencia de procesos que incumben a Fuentes Codera desde hace años como bien pudieran ser las tensiones que generaron los proyectos iberistas, latinistas e hispanistas. En el caso argentino se dirimía una pugna entre nacionalismo y cosmopolitismo. Se atiende también al protagonismo de los intelectuales de ambos países en los tres momentos significativos marcados, según se mire, por su trasfondo internacional o no con anterioridad a 1914. En España se refiere a 1898, 1909 y 1914 y en Argentina a 1880, 1890 y 1910.

No se advierten muchas diferencias en la recepción del estallido de la Gran Guerra tanto en España como en Argentina, tal como se ejemplifica en el capítulo tres. El entusiasmo que puso de manifiesto la opinión pública trató de ser erradicado infructuosamente por las autoridades tanto dentro como fuera de las fronteras. Se examina la complejidad en la formación de dos grupos antagónicos tanto en la prensa, las formaciones políticas y sindicales y los intelectuales, sobre todo significativa en el caso español. En cambio, en Argentina sí pareció haber una incontable preponderancia aliadófila contrarrestada por figuras de relevancia en el ejército (el general Uriburu) y en la Universidad (el catedrático de Sociología Ernesto Quesada) que simpatizaron con Alemania. Esta última estaba perfectamente enterada de las propuestas e ideas de los germanófilos españoles más prominentes. Su pensamiento aparecía reflejado de hecho en publicaciones como el diario *La Unión*. Con todo y aunque los autores no se pongan de acuerdo, parece incuestionable la unanimidad con respecto al mantenimiento de la neutralidad hasta 1917. En esa configuración de los bandos en liza en ambas naciones jugaron también un papel importante acontecimientos como los de Bélgica, las responsabilidades de la guerra, la competencia transnacional entre potencias neutrales por el logro de la paz o el humanitarismo.

A continuación, el autor se adentra en cómo la guerra se incorporó como un elemento más en el día a día de las sociedades de dos potencias neutrales a través de los distintos niveles en que se estructuró la propaganda de estado desplegada por la Alemania Guillermina, Francia y Gran Bretaña, la participación en el voluntariado y sus motivaciones o en las labores humanitarias en plena crisis económica y movilización obrera. Comoquiera que sea, todas ellas de un modo u otro no estuvieron exentas de polémica. Fuentes Codera pone de relevancia el papel jugado por las colonias extranjeras en la difusión propagandística y se fija en publicaciones a un lado y a otro del Atlántico que se posicionaron a favor de Alemania o de los aliados, pero insertando cuestiones que afectaban a sus respectivas naciones. La participación de españoles y argentinos en la Legión Extranjera, con la pena de no formar grupos propios, supuso una suerte de “redención” por parte de naciones – y también de autonomías como la catalana – que permanecieron en la neutralidad. Con todos estos fenómenos, Fuentes acierta al señalar que las fronteras entre países neutrales y beligerantes no lo fueron tanto. También demuestra con numerosos ejemplos la extensión popular del conflicto, algo que venía reclamando en su artículo publicado en *Hispania Nova*, un asunto todavía sometido a discusiones de parte de acuerdo con lo apuntado por Javier Moreno Luzón.

1917 marca un punto de inflexión con respecto a la neutralidad puesto que las polémicas entre aliadófilos y germanófilos devinieron entre intervencionistas o rupturistas y neutralistas. Y todo ello, como se advierte en el capítulo cuarto de este ensayo, por la incidencia que tuvieron en la política nacional y local la intervención de los Estados Unidos wilsonianos y la caída de la autocracia zarista en febrero de 1917. Para los intervencionistas era una cuestión de ser o no ser. Los intelectuales, formaciones políticas y sindicales formaron asociaciones que pretendieron denunciar el “secuestro” al que habían sometido a la nación los germanófilos/neutralistas. Nos referimos a agrupaciones bien conocidas como la Liga Anti-germanófila en España que tuvieron filiales en Argentina. También allí la movilización fue enorme con la aparición del Frente Patriótico Popular (luego reconvertido en Comité Nacional de la Juventud). Como observa Maximiliano Fuen-

tes, las afrentas que supusieron el hundimiento de mercantes patrios tanto en España – con un Romanones en ciernes, respaldado por los reformistas, republicanos y socialistas – como sobre todo en Argentina estuvieron a punto de suponer el riesgo de una intervención. Con todo, cabe observar matices entre los grupos que integraban las simpatías de la Entente, tal como ocurrió en la Argentina que capitaneaba por entonces la Unión Cívica Radical de Hipólito Yrigoyen. Conservadores y socialistas se coaligaron en esos grupos favorables al intervencionismo. La violencia también constituye un ingrediente fundamental en los desencuentros y múltiples movilizaciones aliadófilas.

Por último, se examinan los últimos coletazos del conflicto y el ascenso de dos modelos políticos que coadyuvaron a la división del bloque intervencionista aliadófilo: por una parte, el de Lenin tras el triunfo bolchevique en Rusia y, por otra parte, el del presidente norteamericano Woodrow Wilson. La ilusión del *Wilsonian Moment* se desvaneció nada más terminar la guerra en los grupos que lo respaldaron vivamente tanto en España (y muy particularmente en Cataluña) como en Argentina. Fuentes Codera también vincula la elevada conflictividad social con el miedo hacia el bolchevismo asociado con los germanófilos, los cuales ansiaban a toda costa mantener en la neutralidad a sus respectivas naciones. La celebración de las fiestas de la victoria, no exentas de violencia como ocurrió en Argentina, ponen de relieve según el autor otra diferencia entre España y la nación del Cono Sur latinoamericano y es la mayor movilización que generó la aliadofilia, tal y como resaltan las cifras que indica en el capítulo anterior. Estas celebraciones envolvían en ambos casos los anhelos de cambio que no llegarían de la mano de las negociaciones de paz en París. Argentina y España resultaron relegadas en la redefinición de los destinos de la política europea a pesar de ser incorporadas a la ineficaz Sociedad de Naciones. A partir de entonces, aunque ya desde tiempo antes del estallido de la conflagración, estaban en discusión proyectos que pretendían vincular a España con América Latina, en especial desde el fiasco de 1898, o de Francia con América Latina –Francia ejercía en Argentina una influencia nada desdeñable–. Hispanismo, panhispanismo, panamericanismo, latinidad o hispanoamericanismo son tan solo algunos de los fenómenos examinados en las páginas finales de la monografía. El uso de las conmemoraciones españolas, americanas y de los países que triunfaron en la guerra también aparece en los debates que generaron estas aspiraciones.

En el epílogo se repasan las huellas de la guerra tras el conflicto y cómo algunas trayectorias de intelectuales y políticos se transformaron por completo. Ramiro de Maeztu y Leopoldo Lugones constituyen una muestra palmaria de ello. Ahora bien, parece que fue más bien en España que en Argentina donde el vínculo con hechos relacionados con el conflicto se mantuvo vivo y esto no fue posible en Argentina porque solo las comunidades perseveraron en el recuerdo del conflicto. Con todo, no merece ninguna objeción el conjunto de la obra, muy logrado y equilibrado en cuanto al tratamiento que merecen los dos países protagonistas. Sin embargo, en ocasiones el lector español no conocedor de protagonistas y fenómenos desarrollados en Argentina merecería alguna explicación más al respecto. Convendría mencionar también un pequeño detalle en el epílogo cuando se alude al diario portavoz de la dictadura primorriverista *La Nación* (1925-1936) que no guarda relación, más allá de sus integrantes y su ideología, con el publicado bajo el mecenazgo del Marqués de Polavieja entre 1916 y 1918. Delgado Barreto diri-

gía por entonces el maurista *La Acción* (1916-1924). En todo caso, conviene felicitar tanto al autor por su meritorio y maduro trabajo como a la prestigiosa editorial Marcial Pons por darle acertadamente cabida.

José Luis Agudín Menéndez  
Universidad de Oviedo  
[jlagudin@hotmail.com](mailto:jlagudin@hotmail.com)